

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
6 de enero de 2008
Mt 2, 1-12

Queridos hermanos y hermanas:

Esta noche pasada, nuestras calles y plazas se vieron llenas de las ilusiones de la cabalgata de los reyes magos. Eran momentos de ilusión infantil, y de ternura y de una chispa de nostalgia en los mayores; también para otros eran momentos de soledad o de experiencia cruda de la pobreza. Es el encanto y, al mismo tiempo, el drama de la noche de reyes. La cabalgata está inspirada en el relato evangélico que hemos escuchado. Las raíces cristianas de nuestra cultura han desarrollado la narración, y al ver el gran regalo que es Jesucristo para la humanidad, se ha creado la tradición de hacernos regalos los unos a los otros como expresión de amor y de gratuidad.

Para los niños, y en buena parte también para muchos adultos, la noche de reyes es una noche mágica, de sueños en los cuales todo parece posible. Sin quitar nada del valor que tiene esta costumbre, la realidad que nos presenta el relato evangélico de la adoración de los magos no tiene nada de mundo de hadas, nada mágico. Es una narración llena de dramatismo. Y toda apunta hacia un mensaje fundamental, un mensaje dirigido al corazón y a la inteligencia de cada persona que la escucha o que la lee.

Es un mensaje que invita a la *alegría*. No a una alegría pasajera, como la del momento de abrir los regalos de reyes o del gusto de una velada agradable con los amigos. Sino una alegría profunda y serena, que no evade de la realidad con sus carencias y sus sufrimientos. Y la razón de esta *alegría* es Jesucristo. En él Dios se nos manifiesta para compartir la vida y la finitud humanas, para hacerse solidario de todo el mundo y aportar, con el Evangelio, una luz indefectible que nos ayude a encontrar el sentido de nuestra existencia y a vivir nuestras relaciones familiares y sociales. Una luz válida para todo el mundo y para siempre, porque arraiga en el deseo más ardiente de felicidad que hay en todo ser humano. Y con la luz, nos abre las puertas a la vida para siempre. Sabemos que ya al nacer llevamos el sello de la muerte; pero desde que él compartió con nosotros el nacer y el morir, ha vencido el poder de la muerte y nos ha abierto un horizonte de esperanza infinita. Gracias a él nuestro destino último no es la muerte, sino la fruición para siempre de la vida y de la amistad con Dios en la comunión de una multitud de hermanos.

Para llegar a encontrar esta luz, sólo hay que ponerse en camino, como los *magos* del evangelio, con el corazón y la mente abiertos. El amor condescendiente de Dios sabe hablar a cada cultura con su lenguaje; a cada persona según el propio corazón. Los *magos*, que eran unos hombres expertos en estudiar el firmamento y en descifrar su sentido, saben interpretar el nacimiento de una *estrella*. La ven como anuncio del nacimiento del que tiene que traer la luz la liberación al mundo. A pesar de no pertenecer al pueblo judío ni a su cultura, descubren que *la salvación viene de los judíos* (Jn 4, 22). Y, en la cultura de Israel, las autoridades religiosas y los entendidos en las Escrituras, encuentran, a petición de *Herodes*, las profecías relativas al niño, que es el Mesías, el Señor. Son dos caminos complementarios; por eso *los magos* una vez se han interrogado al ver el firmamento, pasan a las Escrituras de Israel. Un camino lleva al otro en la pedagogía de Dios. El camino de "leer" la naturaleza -desde las grandes galaxias del universo hasta los elementos más pequeños de la materia- lleva a maravillarse y a darse cuenta de que la belleza y las leyes que rigen el cosmos no pueden ser (cómo hacen a muchos científicos actuales) fruto del azar, sino que

postulan una inteligencia superior. Por otra parte, leyendo la Biblia se encuentran las respuestas a los interrogantes que presenta la naturaleza o el corazón humano. El de la naturaleza y el de la Biblia son dos caminos bien válidos hoy, en los inicios del 2008. Y todo el mundo que quiera ser consciente de la realidad que lo rodea y que se pregunte sobre el porqué de su existencia, habría de recorrerlos, como lo hicieron *los magos*, con sinceridad de corazón y con honradez intelectual, y no como los sabios consultados por *Herodes* que supieron dar una respuesta teórica acertada pero que no afectó por nada a sus vidas.

El punto hacia donde se encaminan los dos itinerarios, el libro de la naturaleza y el libro de las Escrituras, es Jesucristo, que hoy acogemos como Palabra creadora, Mesías de Israel, hijo de María, "en humilde pequeñez recluso" (Santa Nit). El itinerario reflexivo y existencial de los *magos* es un itinerario de fe en el cual colaboran la gracia divina y la libertad humana que se arriesga, que busca y que pregunta con humildad; y que finalmente encuentra *al niño con María*, y con él encuentra la luz y la alegría, la verdad y el sentido de todo.

El camino de los *magos* simboliza todos los caminos de la humanidad que va en busca de la luz en medio de la oscuridad y del desconcierto, en busca de saciar su sed de felicidad y de infinito, en busca de alguien capaz de amar indefectiblemente. Hoy se manifiesta la respuesta definitiva a esta búsqueda de la humanidad; es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre para compartir nuestra realidad, con el dolor y la muerte que comporta, y para liberarnos de todas nuestras finitudes y oscuridades, dándonos su vida que dura por siempre.

Nosotros, cristianos, que, por gracia de Dios, hemos reconocido a Jesucristo y le hemos querido poner en el centro de nuestra vida y de nuestro pensamiento, hoy agradecemos la manifestación de este gran don para la humanidad. Y como *los magos* le ofrecemos lo mejor de nosotros mismos. Además, nos sentimos urgidos a hacer descubrir a los otros la causa de nuestra *alegría* profunda, de nuestra esperanza comprometida, nutridas en la escuela de la Iglesia.

El calendario irá desplegando a lo largo del año los grandes hechos de la vida de Jesucristo, tal como nos ha anunciado al diácono. Son fiestas portadoras de luz y de gracia porque las hacemos vida y vamos acogiendo la manifestación del Señor.

María, que ofreció su hijo a la adoración de los *magos*, es modelo de vida de fe para nosotros. Y en esta casa suya de Montserrat constantemente nos lo ofrece por medio de la Palabra y los sacramentos celebrados en la Iglesia, a fin de que lo adoremos y lo acogamos. Hagámoslo ahora ayudados por ella con gozo y con humildad.